

— La decisión de Pequeño Oso —

En un bosque vivía una feliz familia de osos. Estaba Papá Oso, Mamá Osa y su hijito, Pequeño Oso.

Una soleada mañana, Pequeño Oso descubrió que tenía una hermanita. Bebé Osa acababa de nacer. Era pequeña y muy bonita. Tenía el pelo de color marrón claro. Papá Oso dijo que se volvería más oscuro al crecer. Pequeño Oso buscó unas deliciosas moras para Mamá Osa. Le dio a Mamá Osa un gran abrazo y un beso a Bebé Osa.

Desde que Pequeño Oso tenía memoria, Papá y Mamá Osa lo llevaban a pescar todas las tardes en el caudaloso río que pasaba por el bosque. Le gustaba salpicar el agua y saltar de roca en roca mientras papá y mamá atrapaban peces para la cena. La actividad favorita de Pequeño Oso era jugar en el río.

Al llegar la tarde, Pequeño Oso se asomó a la cueva para ver si papá y mamá estaban preparándose para salir. Estaban hablando suavemente. Luego Mamá Osa acarició a Bebé Osa, que dormía en un rincón, y papá le dio un beso.

—Pequeño Oso, necesitamos que te quedes en la cueva esta tarde y cuides de Bebé Osa mientras papá y yo vamos a por la cena —dijo Mamá Osa a Pequeño Oso—. ¿Puedes hacer eso por nosotros?

—¡P-pero divertirme en el río es mi actividad favorita! —Los ojos de Pequeño Oso empezaron a llenarse de lágrimas—. También soy lo bastante mayor para aprender a atrapar peces. ¿Puedo ir, por favor?



—Pequeño Oso, no podemos dejar a Bebé Osa sola en la cueva —explicó Papá Oso, poniendo un brazo sobre los hombros de Pequeño Oso—. Sé que te gusta mucho ir con nosotros, pero necesitamos que cuides de Bebé Osa un rato por las tardes esta semana mientras atrapamos los peces. Pronto llevaremos a Bebé Osa con nosotros, y los cuatro nos divertiremos en el río. ¿Te parece?

—Sí —contestó Pequeño Oso, mientras una lágrima rodaba por su naricita.

Se dio la vuelta para entrar a la cueva, pero Papá Oso lo llamó.

—Pequeño Oso, aunque no tengas ganas de obedecer, serás más feliz si lo haces. En la mayoría de ocasiones, recibirás bendiciones por haber obedecido.



Pequeño Oso se encogió de hombros. No se le ocurría nada más divertido que jugar en el gran río con sus padres. Se sentó al lado de Bebé Osa, que dormía con una pequeña sonrisa. Parecía que no se despertaría en muchas horas.

¡Entonces se le ocurrió una idea! A lo mejor puedo seguir a papá y mamá hasta el río y jugar donde no puedan verme, pensó. Se levantó y salió de la cueva. Todavía veía a papá y mamá caminando por el largo sendero hacia la salida del bosque. Aún puedo alcanzarlos, pensó.

En ese momento se preguntó el motivo por el que papá y mamá le habían pedido que se quedara a cuidar de Bebé Osa. Si desobedecía y algo malo le pasaba a Bebé Osa, se sentiría muy mal.

Pequeño Oso corrió de vuelta a la cueva y miró a Bebé Osa. Seguía durmiendo profundamente.

Pequeño Oso pensó por unos momentos y tomó una decisión.

—Papá y mamá se sentirán muy tristes si los desobedezco —se dijo—. Y debería estar contento de cuidar a mi hermanita.

Miró a Bebé Osa. Se veía preciosa, acurrucada y contenta. Se agachó y le dio un besito en su peludo cachete.

Pequeño Oso se sintió muy feliz de obedecer. Decidió hacer un juguete para que Bebé Osa jugara al despertar.

Unas horas después, Papá y Mamá Osa volvieron con pescado fresco para la cena. Estaba delicioso. Pequeño Oso comió hasta llenarse. Pequeño Oso les mostró a papá y mamá el pequeño juguete redondo que había hecho para Bebé Osa esa tarde. A Bebé Osa le encantó el juguete y jugó con él hasta quedarse dormida.

—Gracias por cuidar de Bebé Osa —dijo Mamá Osa.

—Y por hacerle un juguete —añadió Papá Oso.

La semana siguiente, Pequeño Oso se quedó en casa por la tarde y cuidó de Bebé mientras papá y mamá atrapaban peces. Todas las tardes hacía algo mientras dormía su hermanita. Un día recogió moras de un arbusto cercano, otro día escaló árboles, hizo más juguetes para Bebé Osa e incluso durmió una siesta un día.





Finalmente llegó el día en que Mamá Osa anunció que Bebé Osa era lo bastante grande para ir al río. Pequeño Oso estaba muy emocionado. Cuando llegaron al río, Papá Oso sentó a Bebé Osa en un tronco hueco. Ella se sentó tranquila y observó el agua avanzar por el río, sonriendo y saludando a papá y mamá.

Pequeño Oso salpicó el agua en la orilla y saltó sobre sus piedras favoritas. Saltó y corrió junto al río hacia un montículo de hierba alta que crecía cerca.

Al llegar allí, se sorprendió. Al lado de la hierba alta había un agujero poco profundo, lleno de agua. ¿Qué había dentro?

—¡Es un pez! ¡Un pez! ¡Voy a atrapar mi primer pescado! —Sus ojos se veían grandes y brillantes al recoger con cuidado el pez y llevar su premio a Papá y Mamá Osa.

—Atrapé mi primer pescado —anunció con orgullo.

—Pequeño Oso, es un pez muy grande —dijo Papá Oso con orgullo.

—Papá, estoy contento de haber obedecido y esperado a que viniéramos todos. Esto es muy especial.

Papá le hizo un guiño a Pequeño Oso. Pequeño Oso le enseñó su pescado a su querida amiga, Bebé Osa. Sabía que era una recompensa muy especial por haber obedecido.

Al crecer, Pequeño Oso aprendió que cuando obedecía, aunque las recompensas no siempre fueran cosas grandes ni emocionantes que pudiera ver o sentir, se sentía muy feliz en su corazón. Y siempre valió la pena.